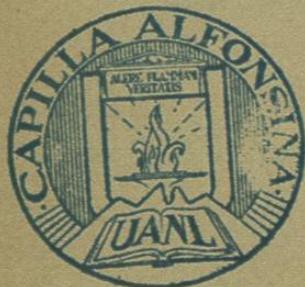


E 158
C 28

COPYRIGHT, 1892,
BY S. ADALBERTO DE CARDONA.
ALL RIGHTS RESERVED.



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

TO THE PUBLISHERS.—All the pictures in DE MEXICO A CHICAGO Y NUEVA YORK are copyrighted, and must not be reproduced without the permission of the proprietor. Infringement upon this copyright will be promptly prosecuted.

PRIMERA PARTE.

RUTA NUMERO 1.

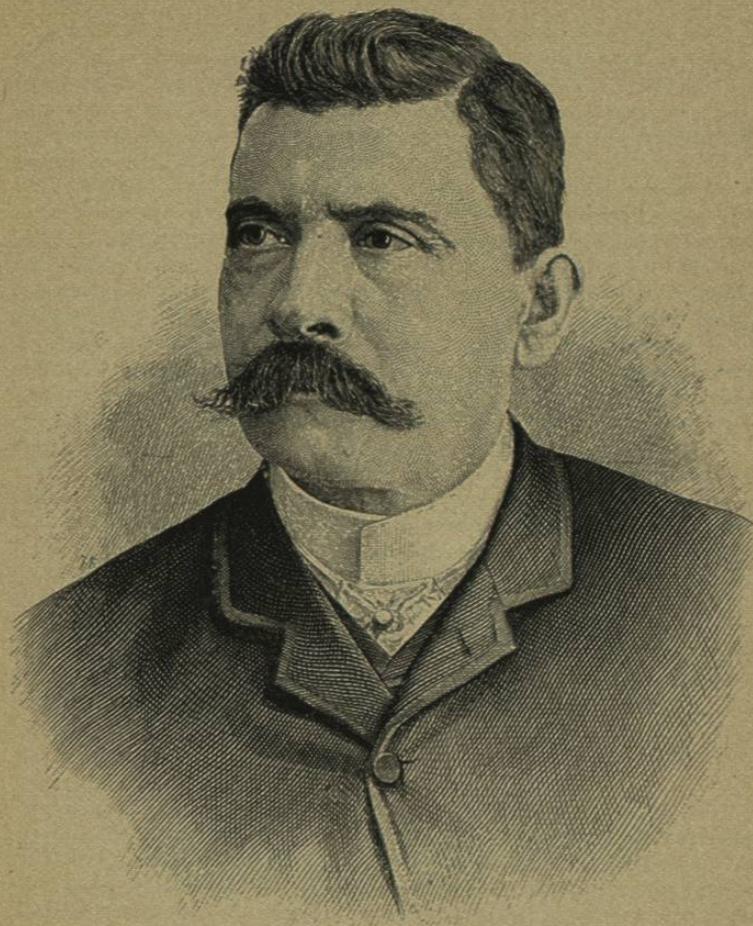
FERROCARRILES: CENTRAL MEXICANO—ATCHISON, TOPEKA
& SANTA FÉ—LAKE SHORE & MICHIGAN SOUTHERN
NEW YORK CENTRAL & HUDSON RIVER.



DEDICATORIA.

La presente edicion de mi humilde obrita queda respetuosamente dedicada por medio de estas líneas. á todos aquellos hijos de México que en los campos de batalla han expuesto valerosamente su vida en sostenimiento de la autonomía é integridad del país; á todos aquellos que sacrificando generosamente intereses personales han cooperado al afianzamiento de la paz que hoy disfruta; á todos aquellos que de una ú otra manera han contribuido á su adelanto moral y material; y, finalmente, á la estudiosa juventud mexicana, que por medio de la instruccion labra afanosa la sólida base sobre la cual ha de descansar el futuro engrandecimiento y prestigio de la patria.

EL AUTOR.



GRAL. PORFIRIO DIAZ,
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE MÉXICO.

INTRODUCCION.

No sé quién sería el primero que dijo que "la costumbre hace ley"; pero de cualquier suerte que haya sido, nunca mejor ha empleádose la frase que en conexión con el uso de arreglarle su INTRODUCCION ó PRÓLOGO á toda obra que se escribe. No deseando yo quebrantar esta costumbre, observada desde tiempo inmemorial, pasaré á explicar, aunque sea brevemente, el móvil que pudo animarme á publicar este ensayo.

No de ahora, sino desde hace muchos años, uno de mis mayores anhelos ha sido siempre el de contribuir con mi humildísimo contingente para el bien de México y sus nacionales y para estrechar las relaciones de amistad y comercio entre el mencionado país y los Estados Unidos del Norte. Hijo de padres nacidos en el privilegiado y heróico suelo mexicano, y habiendo abierto los ojos á la primera luz del día bajo el cielo que llueve sus bendiciones sobre esta poderosa é ilustrada nacion ¿tiene algo de extraño si á esto aspira mi corazón? En años anteriores me proporcionaron oportunidad para el efecto las columnas de modestos periódicos que tuve bajo mi direccion, y hoy creo poder contribuir en el mismo sentido con esta igualmente humilde obrita que teneis en vuestras manos, lector querido.

Ya que México ha logrado salir del abismo en que le habian hundido sus nunca bien lamentadas discordias civiles; ya que el manto en que la decadencia tenia envuelto á todo el país va siendo arrollado al empuje irresistible del progreso; ya que la felicidad de la paz vuelve su fertilidad y frescura á los campos y la dicha al hogar de la familia; ya, en fin, que los ferro-carriles al cruzar el país en todas direcciones han hecho desaparecer los peligros y las incomodidades del antiguo modo de viajar, ¿que no es de suponerse, me dije, que se despierte ya en aquellos mexicanos que no han salido nunca de su patria el deseo de conocer del mundo algo más que las tierras que les dejen sus mayores? ¿Y siendo las hermosas al par que populosas ciudades de los Estados Unidos del Norte las más próximas á México, y por lo mismo las más fáciles de visitarse, no es de suponerse tambien que hácia ellas se dirijan primeramente las corrientes de turistas mexicanos?

Animado por esta clase de pensamientos resolví hacer un viaje á los más grandes centros de poblacion de este país para escribir la presente obrita; pero queriendo antes conocer las principales ciudades de México, de aquel país querido por haber sido el de mis padres, emprendí mi primer viaje desde San Francisco, en California, hasta la antigua y simpática capital azteca. Y despues de recorrer en la histórica Chihuahua los lugares regados en 1811 con la preciosa sangre del insigne caudillo y padre de la Independencia Mexicana; despues de ascender hasta la pintoresca ciudad de Zacatecas, con sus afamados minerales y su tambien histórico Cerro de la Bufa; despues de aspirar el ambiente perfumado de Aguascalientes y de sentir la saludable influencia de sus aguas, de su deliciosa temperatura; despues de pasar dias agradabilísimos en Guadalajara, justamente llamada la Perla de Occidente;

después de pisar en Querétaro el mismo suelo que hollara con sus plantas un ejército extranjero y el sitio donde poco después tuviera su desenlace trágico el drama de la Intervención Francesa; después de visitar la industriosa ciudad de Leon, y las también importantes ciudades de Guanajuato, Toluca, San Luis Potosí, Monterrey, Saltillo y varias otras, seguí mi viaje hasta Nueva York; la primera ciudad del Americano Continente deteniéndome en mis viajes de ida y de regreso en todas aquellas otras ciudades cuya descripción se encontrará en las páginas de este libro y las cuales juzgué podrían reunir mayor interés para el viajero.

Al emprender éste trabajo traté solo de contribuir á remediar la necesidad que yo creo existe ya de que en México se sepa algo más de lo que actualmente se sabe sobre este gran país. Aquí donde no abundan, como en Europa, los guías de *profesion*, encontrará útil el viajero este libro; pues llegar á cualquier populosa ciudad sin tener de ella ningún conocimiento, sin saber cómo conducirse al arribo de los trenes, sin saber cuáles son sus mejores hoteles, sus principales sitios de recreo ni sus lugares más dignos de visitarse equivale á sufrir uno disgustos, á hacer gastos innecesarios y á no sacar, como resultado del viaje, el fruto que se debiera.

Además, pensé yo, el mexicano que se anime después de leer esta Guía á recorrer algunas de las principales ciudades de los Estados Unidos del Norte, podrá fácilmente comprender hasta qué grado de adelanto puede llegar un pueblo como éste, industrial por excelencia; un pueblo que sabe rendir el debido acatamiento á las leyes de su país; un pueblo que antes que todo atiende al cultivo de su inteligencia, comprendiendo que la educación forma la base más sólida y duradera de la felicidad y engrandecimiento de las naciones, y, como consecuencia precisa, de su propia felicidad y engrandecimiento. Al mexicano que esto vea, que esto estudie, me dije, le servirá de gran estímulo; y además de la distracción que el viaje haya podido proporcionarle, los nuevos conocimientos adquiridos podrán redundar en grande beneficio para sí, y ¿quién sabe? tal vez también en beneficio de su querida patria al regresar á ella.

Queda expuesto, pues, el espíritu con que acometí este trabajo, y al terminarlo, por más imperfecto que él sea, me anima la esperanza de que hará algún provecho en el sentido que he explicado. Tengo así mismo la confianza de que habiéndose despertado ya entre la buena y pudiente sociedad mexicana el deseo de viajar no tardará éste en convertirse en una necesidad, y que se adoptará entonces la costumbre de emprender anual ó periódicamente viajes de recreo á las incomparables Cataratas del Niágara, á Chicago, Saratoga, Boston, Nueva York, Filadelfia, Long Branch, Washington ó San Francisco. Cada uno de estos viajes ha de proporcionarles sin duda grandes beneficios, placeres muchos, y esta humilde obrita les servirá también de algo; pues sabido es que para el viajero una Guía descriptiva del país ó población que se propone visitar es siempre un libro no casi sino de todo punto indispensable.

S. ADALBERTO DE CARDONA.

DOS PALABRAS.

Espero que se me perdonará si antes de comenzar la tarea que me he impuesto no puedo menos que dedicar un recuerdo en estas páginas á la que fué la santa autora de mis días.

Al trazar estas líneas hace precisamente un año que mis ojos se recrearon por la vez última contemplando su bello y siempre resignado rostro. Yo la prodigaba mis besos, mis caricias, y, "no tardes hijo querido,"—me decía ella abrazándome—"que no quiero morir sin volverte á ver."

Estas fueron sus últimas palabras y ¡cuánto hoy su recuerdo me desgarrá el pecho!

Enjugué mis lágrimas, y haciendo un supremo esfuerzo partí del materno hogar, dejando entero en él mi corazón.

Hacia la estación de pasajeros caminaba yo por entre jardines amenos y floridos; pero ni la hermosura de aquella tarde inolvidable, ni su tibio ambiente, embalsamado con el suave aroma de mil flores, podían tener atractivos ningunos para mí cuando me aljaba de ELLA, que había sido siempre mi único encanto, el solo perfume de mi vida triste.

Pasaron algunos meses y yo seguía viajando, sin sentir fatiga porque me animaba el bendito recuerdo de mi madre, que esperándome estaba en California.

Terminé al fin mi visita á las ciudades principales del país en donde escribo en busca de nuevos datos para esta guía de viajeros, ó sea para vuestro beneficio, lector querido, y pisé luego una vez más el suelo mexicano. Pocos días después llegaba á la simpática capital azteca, teniendo este último viaje por fin único el hacer los necesarios arreglos para trasladar allí sin más demora á la idolatrada madre mía y mis hermanas.

Este había sido de ella su constante sueño por muchos años: morir no quería sin volver á su nativo suelo. Mi alma gozaba lo que no es decible pensando en que muy pronto quedaria obsequiado tan legítimo deseo.

Con ansiedad por tener noticias tuyas, antes que á un hotel me dirigí al correo á mi llegada. Una enlutada carta junto con varias otras encontré, y al reconocer en el fúnebre sobre la letra de mi hermana, mi pobre corazón latió de tal manera que parecia que á arrancármeme iba la existencia.

¡Qué cruel y negra incertidumbre me rodeaba!

Mi temblorosa mano no acertaba á rasgar aquel sobre cuyo contenido debía herir de muerte la dicha toda de mi vida.

¡Oh, Dios mío. Dios mío! ¡Y puede ser cierto lo que aquí me dicen! es cuanto acertaban á articular mis labios, mientras sentía que una tras otra huían de mi alma mis más risueñas ilusiones, mis sueños todos de ventura, la luz y la alegría de mi vida, dejando solo en su lugar un vacío imposible de llenar y un deseo vivo, anhelante, de morir.

DOS PALABRAS.

“Ayer sepultamos los restos mortales de nuestra adorada madrecita,” fueron las líneas que leí en aquella carta, escritas por mi hermana y casi borradas con sus lágrimas.

El golpe era tan inesperado como terrible y doloroso. No podía comprender lo que me pasaba y el corazón se resistía á creer lo que leían los ojos. Mi vida parecía lo que una frágil navicilla que sin rumbo ni brújula es impelida en noche tempestuosa á merced del huracán... y estuvo cercana á zozobrar.

Ah, sufre penas el alma que no podrá nunca bosquejar la pluma; pero es cierto que el dolor no mata... cuando aun estoy viviendo yo!

Vivo, sí, si vivir es llevar una existencia que ha perdido su más dulce encanto y un corazón en el pecho que late envuelto entre crespones negros.

Desde aquella fecha de luto ya un año ha pasado, y de la herida brotan aún agudos mil dolores, los cuales me dicen aliviará con su trascurso el tiempo y con su misericordia infinita, Dios.

Entre tanto, sin embargo, ¡cuán pesada es la carga para mí de la existencia!

Y aquellos sitios que fueron encantadores y risueños en los tiempos en que fui feliz, sitios que acompañado de ELLA la habia ofrecido volver á visitar, no son ya ni volverán á ser jamás lo que antes fueron para mí: no admiro ya del Niágara sus estupendas cataratas, no me impresiona el aterrador lamento de sus aguas, ni tampoco la poética belleza de la Mexicana capital con sus antiguos templos y palacios; no tiene ya hoy la opulenta Nueva York los mil atractivos que antes tuvo, ni la potente claridad del sol alcanza á penetrar hasta el abismo de tristezas en que se halla sumergida mi alma.

Aquí estoy otra vez, en el que fué mi dulce hogar. Ya no pude como en otros días ver su rostro radiante de alegría, no pude escuchar su cariñosa bienvenida ni disfrutar de su maternal abrazo á mi llegada. Luto y lágrimas solo ven mis ojos por doquiera, y la silenciosa y fría losa de un sepulcro contra la que se estrellan ay! mis gemidos de dolor.

¡Cómo ha de ser, Dios mío! Yo acato tus designios, y ya que no por entre flores seguiré por entre abrojos adelante, hasta que suene la hora final de mi existencia.

Pero aun los dolores más acerbos tienen tregua: los que en mi pecho nacieron con su ausencia siento que se calman por la noche, porque al cerrarse mis ojos á las tinieblas de esta vida transitoria se abren á la luz brillante, esplendorosa, de un mundo superior: y entónces, entre nubes vaporosas, acompañada de alados séres resplandecientes de hermosura y alegría, yo la veo descender hasta mi lecho; siento que con maternal amor sobre mi ardorosa frente posa sus labios y que “no sufras, hijo querido,”—me dice—“que desde el cielo tu madre te bendice y es feliz.”



El Ferrocarril Central Mexicano.

HISTORIA DE SU CONSTRUCCION—LOS BENEFICIOS QUE HA ACARREADO AL PAIS—LA GRAN EXPOSICION.

Al dar á luz la segunda edicion de esta guía de viajeros van corridos los primeros meses del año de 1892 el cual, á imitacion de cuantos le han precedido, poco ha de tardar en llegar al fin del círculo que le está trazado en el mísero reloj de la existencia. El TIEMPO, entonces, fundiendo en su vetusto crisol el anual acopio de las dichas pasajeras, de los suspiros y lágrimas de la gran familia humana, añadirá un eslabon más á la larga cadena de los siglos. Mas no terminará él, no; no terminará el presente año, sin dejar tras sí una estela luminosa cuyos potentes



El Calendario Azteca.

reflejos atravesando la oscuridad de cuatro siglos harán destacarse grandiosa, colosal, la noble figura del descubridor del nuevo mundo.

Hasta en las más apartadas regiones del globo que habitamos se activan preparativos para honrar dignamente la memoria del ilustre navegante genovés y, cáusanos gran satisfaccion poderlo decir, México es una de las naciones que con mayor entusiasmo acogió el llamamiento hecho á todos los países por los Estados Unidos anglo-americanos, para tomar participio en la gran Exposicion Universal Colombiana que con tal motivo está preparándose; grande, y tanto, ha sido el interés que sobre el particular ha tomado



Lurro cargado de pulque.